



Jorge Inostrosa

Nota de la Redacción:

Publicamos una semblanza de Jorge Inostrosa, el reputado escritor recientemente fallecido, escrita por Enrique Lafourcade. Una de sus últimas contribuciones literarias fue la asociación de "El Mercurio" a través de siglo y medio al lanzarse la edición N° 50.000 el 30 de septiembre de 1974.

Fue Jorge Inostrosa un escritor de alta lírica, oratorio, de articulada concepción. Llegado desde muy joven al púlpito de la Historia de Chile, no cesó de exhibirla en sus apasionadas, ¿documentadas? ¿periodísticas? ¿sí? Pero nunca hasta el extremo de acumular datos muertos enfriando la poesía, destacando el filo de la sangre. Porque, que él, como novelista, buscaba, no era la precisión y perfección de minucias y pormenores cronológicos, sino un resultado literario que reviviera a los héroes y antihéroes, que los hiciera saltar de una pedestal y salir a galope tendido: "¡A la carga!", saltó en la derecha, o con la bayoneta clavada, a tomar El Morro, a defender hasta el último soldado ese pueblo de La Concepción, a caminar por los sajales o por entre montañas de cobre, de hierro, o en la noche, ricaquerando, ante las hogueras del desierto, fuma que fuma el mismo "pueblo", fragmentos generales, capítulos y capítulos también, frente a los "protectora", a las caídas, en el decir del propio Inostrosa —"cuyo es un decir"— los escritores escriben unas cuarentaditas de párrafo "para la color".

Así fue al escribir, le puso a todo unas cuantas cuarentaditas de párrafo, y le sacó nuevas voces, escuchando rajes, transparentes azules, insensados blancos, a los viejos estándares de nuestra Historia.

En vida, como la de Manuel Rojas, como la de González Vora o Fernando Sanfina, fue una sucesión de oficios y encuentros: escribiendo de cartas de amor, en el Internado Barros Arana, a un caparillo de pagano, aprendiz de historiador, vendedor ambulante por pueblos y oficinas salitreras de biografías en coque, caminero, reportero de la Agencia Riccio, actor de "efectos especiales" en el radioteatro de la Cooperativa Vialba, donde reproducía solitos y galopes de caballo, grillos, duendes de espada, incendios, arrugando un velado frente al microfono. Finalmente, escritor de radioteatro.

La agencia publicitaria, Sidero, Ross, fue, acaso, la primera en Chile en intentar el radioteatro concebido como algo más que una simple lectura de textos. Por medio de apoyaturas musicales, de "efectos acústicos", se entregaba al audítor una serie de estímulos con los cuales éste hacía sus imágenes. Era una especie de televisión para ciegos. Jorge Inostrosa preparó "La Quintrala" y posteriormente "Pedro de Valdivia" a "Isa de Suñer", todas obras breves, y que se transmitían en cadena nacional de la Cooperativa Vialba.

No habría ido lejos el galanteo si no se le ocurre crear un "Adán al Séptimo de Lima". He aquí la verdadera historia de este radioteatro y, posteriormente, leídas en cinco tomos, que quedara todo los recuerdos de audiencia y lectura en Chile.

En el mejor estilo de Inostrosa: "Era una tibia tarde de primavera en la Villa de San Bernardo. Jorge, moxalote de diabolización, iba a ver a su "pacha", Violeta Wood-Rios. Vistas próximas. Llegaba en su trenzuda manta de algodón escarlatado, un rucio de flores encruada en muchos hilos. El perfume de las rosas entraba en el oscuro salón. Adriana Rios, la abuela de su amiga, vigilaba este romance. A veces

aleja un viejo plano de caoba y se ponía a tocar valses y marchas de la Guerra del Pacífico. Los muchachos se relan con los aordes de "Carmen Silva", o se ponían atchamente serios con la marcialidad del "Adán al Séptimo de Lima". Entonces, Jorge, el estudiante, le hablaba a Violeta diciéndole qué cosas veía él, con esa música, los campesinos soldados, los mineros soldados, el chilote, el araucano, los estudiantes, toda una patria de pie, tamboriles, banderas, sangre escarlatada y blue... ¿Deberías escribir eso, Jorge? —le decía Violeta—. ¿Lo haré? —replicaba el muchacho—.

Para el tiempo, Violeta y Jorge son marido y mujer. Trabajan juntos en Cooperativa Vialba, en Valparaíso. Un día, después de las tareas en la radio, entran al teatro Condell, donde actúan artistas populares. Aparece una enorme gorda con un arpa. Era del cerro Cordillera. Toca "Carmen Julia" y acaso "Pachamama". La gorda comienza a gritar. La gorda tiene un mejor piano guardado. —¡Ahora, ¡la marcha! Y comienza el "Séptimo de Lima". Violeta le toma una mano a Jorge —¿te acordas? Y él, en ese instante, refiera su promesa.

El radioteatro se inicia en 1948, con enorme publicidad, con prólogo o palabras preliminares del entonces Comandante en Jefe del Ejército, general Ramón Catán Montalva. A poco andar, todo el norte de Chile, y una parte del Altiplano se estremecen con esas reverberos. Los gobiernos de Perú y Bolivia, reclaman indignados. Se suspende al Gran Radioteatro de la Historia. Unos años después, se reanuda, ahora con el respaldo del general Baños, Presidente de la República, y de su Ministro Arturo Illanes. Inostrosa trabaja como un demando, apenas duerme, la radio consume día a día, en una caldera que hay que alimentar, le vigila historiadores y críticos de tres países, no puede cargar las tintas, el heroísmo ha de ser repartido en tres partes iguales, y, sin embargo, acaso sin darse cuenta, Chile, la patria irremediable, crece y crece...

Largo, vienen los libros, cinco tomos. Estaban tras estalos. Empleados públicos en horas de oficina reproducen por sus jefes, por leer "novelas". En la Corte Suprema de Justicia, los venerables ministros, los estudiantes, los obreros, los "peludos" o conscriptos... Se venden, ediciones completas a regimientos, "a pedido del personal". Inostrosa compra un sitio en la avenida Príncipe de Gales, con el bello primero. Con el segundo, ladrillos, madera y tejas. Con el tercero, artefactos... Y así surge su casa, la segunda casa, después de la de Neruda en Isla Negra, ganada con los derechos de autor.

Después, siguen los libros, hasta totalizar veinticuatro títulos. En todos, "siempre una mujer", una heroína misteriosa, conmovedora, valiente. La Leonora Latrera del "Adán al Séptimo" era de la corte de doña Inés de Suñer, involucrada en la guerra, dejada en el amor, una Marielita Saenz, una Javiera Carrera. Inostrosa fue "varrerito" y hasta era su admirador por el heroísmo y su familia, que a la segunda de sus hijas la bautizó Francisca Javiera.

Pero no sólo le interesó su propia historia, sino la de toda Hispanoamérica. Estaba convencido de que formábamos —aunque queriéramos y queriéramos— una unidad cultural común, amarrados por idiomas, religión, origen. Y así se lanza a la empresa de escribir en una saga de muchos volúmenes, la saga del Libertador de América, Simón Bolívar. Viaja a Ve-

nezuela y Colombia. Escucha en archivos de sociedades bolivarianas. Se pasa por las casas llenas de cuadros viejos en Bogotá y Caracas, desde el Libertador y Marielita, entre amores y penas, luchaban por hacer vivir un sueño. Va a los llanos, a Comaná, por las montañas, a caballo, en mula. Quiero "impregnarse". Tanto se impregna que cuando vuelve a Chile me muestra sus dedos hechos tiras, sin uñas. Y me explica sobre un mosquito de esas sabanas que pone sus huevos en cuanto abrigo encuentra en el cuerpo humano. Acaba a publicar dos volúmenes, aunque el tema parece sobrepasarlo.

Inostrosa supo cultivar el escritor con la vida aventurera. Algunas veces intentó también la ruta del Libertador San Martín, con toda suerte de peregrinas, frías, raras. Desde su original leque, donde aún flotan historias, mitos y leyendas de soldados de la Guerra del Pacífico, el niño Inostrosa acaso viera en el mar el sitio exacto donde un marino es envuelto en muerte menos temida, dueño de la Patria ("sólo se pone la que se ama", dice Malraux). En las viejas casas de canto, entre platos, vitruales y arpas, para saber y cantar y contar.

Pero es la música del maestro Iñaca, oriundo de San Felipe, la que sabrá dar a los soldados del desierto esas electricidades y fúlbres. Tamboriles, clarines, viejas y nuevas banderas. Recuerda a Inostrosa en Valdivia, en Arica, hablando a un regimiento, indicando el Morro, y escuchando cómo fue tomado, en Iquique, a los mineros, y pescadores y labriegos, de aquí salió un batallón del "General", y entregaba nombres y apellidos. En esos tiempos, cuando los escritores, patrocinatorios por escritores que intentaban algo más que vender libros, llamas a las provincias, a hablar, a dar conferencias, a participar en foros, podemos advertir de qué modo Jorge Inostrosa, y su obra se habían identificado con el pueblo, con la Patria misma. En Chile, en Tacna, en Copalco, con Francisco Colman, con Manuel Rojas, con muchos otros, entre conservadores, alistas, comandantes de Regimiento, obreros, directores de Bronx, alumnos. Hablo y hay aún lectores de Inostrosa que siguen emocionados de Leonora Latrera, y que se resisten a entender que acaso jamás existió. Cuando se ha muerto —cambiado libros frente al Instituto Cultural de Providencia, para las Pascuas de Navidad— le dijo ya Jorge "pero todas esas cuarentas eran unas gordas horrendas" se indignó, y particularmente me dijo que había algunas muy hermosas y que Inés Morales era alta y blanca.

A los cincuenta y cuatro años, cas. Vamos a dejarle. Le acompaña una banda de músicos, sus marzabas, a muchas de las cuales él dio la letra. Van los escritores, van los funcionarios de la cultura, y un ex Presidente de la República, pero también, y en multitud no invitada, espontánea en su pensar, mujeres con guapas, estudiantas y adultas, regimientos y abuelas "vine de la población La Lega, a dejar a don Jorge" —me explica una—. Entre esa vieja que tomó dos mirros, con sus tres almas, la raza, y el ex Presidente de la República, creo advertir la zona de conmemoración que la obra de Inostrosa abre en Chile.

En esas picas de escritores, a grandes y pequeños pueblos, Inostrosa, en una declaración que nosotros estimamos pintoresca y casi demagógica, solía afirmar: —"es para mí muy emocionante hablar en este pueblo que me vio nacer". Le decíamos, en broma: "Pero si, Jorge, has nacido en todo Chile".

Era verdad. Enrique Lafourcade.

El Mercurio, Sept. 9-11-1975, p. 3.

Jorge Inostrosa [artículo] Enrique Lafourcade.

Libros y documentos

AUTORÍA

Lafourcade, Enrique, 1927-2019

FECHA DE PUBLICACIÓN

1975

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Jorge Inostrosa [artículo] Enrique Lafourcade.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile